

NIKOLAUS WACHSMANN

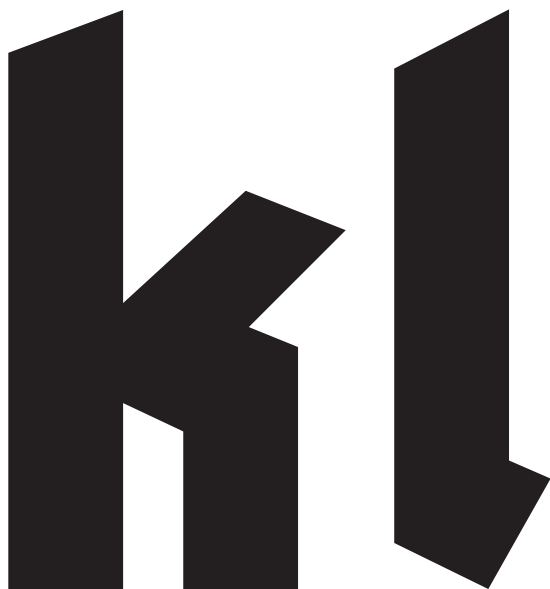
*St.
1000 aus
Scharst
ratum, d
Wissenschaft
erangeh*



HISTORIA DE LOS CAMPOS
DE CONCENTRACIÓN NAZIS

KL. Auschwitz

CRÍTICA



NIKOLAUS WACHSMANN

Traducción castellana de
Cecilia Belza y David León

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2015

KL. Historia de los campos de concentración nazis
Nikolaus Wachsmann

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*

© Nikolaus Wachsmann, 2015.

© de la traducción, Cecilia Belza y David León, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-872-3
Depósito legal: B. 20.487 - 2015
2015. Impreso y encuadernado en España por Egedsa

Índice

<i>Lista de mapas</i>	9
<i>Prólogo</i>	11
1. Los primeros campos	33
Una primavera y un verano sangrientos	36
Coordinación	58
El terror se desata	78
2. El sistema de campos de la SS	95
Una excepción permanente	99
La Lager-SS	118
Los mundos de los prisioneros	138
3. Expansion	159
Marginados sociales	162
Trabajos forzosos	183
Los judíos	198
4. Guerra	219
La Lager-SS en pie de guerra	221
Camino a la perdición	240
Niveles de sufrimiento	257
5. Exterminio en masa	273
Matar a los débiles	275
La ejecución de prisioneros de guerra soviéticos	293
Utopías letales	309
6. Holocausto	327
Auschwitz y la Solución Final nazi	329
Fábricas de muerte	342

El genocidio y el sistema del KL	360
7. <i>Anus mundi</i>	381
Reclusos judíos en el Este	386
El día a día de la SS	406
Pillaje y corruptela	424
8. Economía y exterminio	443
Oswald Pohl y la WVHA	444
Mano de obra esclava	464
Cobayas	484
9. Se desatan los campos de concentración	503
<i>In extremis</i>	506
Recintos secundarios	525
El mundo exterior	542
10. Sin capacidad para elegir	563
Comunidades coaccionadas	565
<i>Kapos</i>	580
Resistencia	597
11. Muerte o libertad	613
El principio del fin	616
El Apocalipsis	634
Las semanas finales	651
Epílogo	673
Apéndice: Tablas	
Tabla 1. Cantidad diaria de reclusos de los campos de concentración de la SS (1934-1945)	711
Tabla 2. Muertes de presos de los campos de concentración de la SS	712
Tabla 3. Graduaciones de la SS con su equivalencia en el ejército ..	713
<i>Notas</i>	715
<i>Fuentes</i>	979
<i>Agradecimientos</i>	1041
<i>Índice alfabético</i>	1045

Los primeros campos

Era la tarde del 8 de mayo de 1933, cuando Steinbrenner, uno de los soldados de la SS de Dachau, entró en la celda de Hans Beimler: «¿Quieres colgarte tú mismo?». Steinbrenner era un hombre de elevada estatura. Bajó la vista para contemplar al prisionero, con su mugrienta chaqueta marrón, unos pantalones cortos y un aspecto demacrado tras días de torturas en el famoso búnker, el calabozo del campo. «¡Venga! Fíjate bien y aprende cómo se hace.» Steinbrenner rasgó una manta, sacó un jirón y anudó una soga en el extremo. «Ahora solo tienes que meter la cabeza aquí dentro y atas el otro extremo a la ventana —añadió hablándole como si de un servicial amigo se tratase—. Ya lo tienes. En dos minutos habrá terminado todo.» Hans Beimler, cubierto de llagas y heridas, se había resistido a los primeros intentos de la SS para inducirlo al suicidio. Pero era consciente de que el tiempo se le acababa. Tan solo dos horas antes, quizá una, se había visto arrastrado a otra celda por el mismo soldado y el comandante de la SS en el campo; allí encontró el cadáver desnudo de Fritz Dressel, su amigo del círculo comunista, tendido sobre el suelo de piedra. Unos días atrás, Beimler había empezado a oír los gritos de Dressel, encerrado en el búnker, y supuso que aquel viejo amigo, incapaz ya de soportar los maltratos, se había cortado las venas y había muerto desangrado (de hecho, lo más probable es que los hombres de la SS asesinasen a Dressel). Aún conmocionado, Beimler fue arrastrado de nuevo hasta su propia celda, donde el comandante le espetó: «¡Ea! Ahora ya sabes cómo se hace» y, acto seguido, pronunció un ultimátum: si Beimler no se suicidaba, la SS vendría a por él a la mañana siguiente. Le quedaban poco más de doce horas de vida.¹

Beimler se contaba entre las decenas de miles de adversarios de los nazis que, en la primavera de 1933, se vieron recluidos en campos provisionales como el de Dachau, en el momento en que el nuevo régimen —tras el nombramiento de Hitler como canciller el 30 de enero— trasladó a Alemania, sin so-

lución de continuidad, de la democracia en bancarrota a la dictadura fascista. Al principio, la cacería de enemigos del régimen se dirigió sobre todo contra los representantes políticos más señeros y contra sus principales críticos; a ojos de las autoridades de Baviera —el mayor estado alemán por detrás de Prusia—, pocos trofeos había mejores que el Beimler de Múnich, de treinta y siete años, considerado un bolchevique extremadamente peligroso. El día de su arresto, el 11 de abril de 1933, tras varias semanas a la fuga con su esposa, Centa, los agentes de la comisaría de policía de Múnich lo esperaban rebosantes de alegría: «¡Hemos pillado a Beimler, hemos pillado a Beimler!».²

Hans Beimler era un veterano del motín de la Marina Imperial desatado en el otoño de 1918 —el responsable del derrocamiento del imperio alemán a finales de la primera guerra mundial—, que dio el pistoletazo de salida a la República de Weimar, el primer experimento alemán de naturaleza democrática; desde entonces, Beimler no había cejado en su empeñada lucha contra la República y a favor de un estado comunista. Durante la primavera de 1919, había prestado servicio en la Guardia Roja, en el transcurso de un alzamiento al estilo soviético condenado al fracaso, en Baviera. Cuando la frágil democracia alemana hubo capeado los primeros asaltos tanto de la izquierda radical como de la ultraderecha, aquel mecánico se convirtió en seguidor acérrimo del Partido Comunista Alemán (KPD). Beimler, brusco y tosco, vivía para la causa y se enfrascaba sin pestañear en refriegas con la policía y con cualquier adversario (como sucedía, por ejemplo, con los soldados de las tropas de asalto nazis); el suyo fue un ascenso meteórico. En julio de 1932, alcanzó la cima de su carrera en el partido: fue elegido diputado del KPD en el Reichstag, el Parlamento alemán.³ El 12 de febrero de 1933, durante una de las últimas asambleas comunistas previas a las elecciones generales del 5 de marzo de 1933 (los primeros y últimos comicios multipartidistas con Hitler en el poder), Hans Beimler pronunció un discurso en el circo Krone de Múnich. Con miras a levantar el ánimo de sus seguidores, rememoró una victoria aislada de la guerra civil de 1919, en que la Guardia Roja bávara —y Beimler con ellos— había aplastado fugazmente a las fuerzas del gobierno cerca de Dachau. Beimler cerró el discurso con una profética convocatoria a la unión: «¡Nos veremos de nuevo en Dachau!».⁴

Habían pasado solo diez semanas, cuando el 25 de abril de 1933 Beimler iba camino de Dachau, pero no en calidad de líder revolucionario, como había anticipado, sino como prisionero de la SS. Aquel insospechado viraje no pasó desapercibido a nadie: ni a él ni a sus jubilados captores. Cuando el camión que trasladaba a Beimler y otros más cruzó las puertas de entrada, en el campo aguardaban unos cuantos de la SS, expectantes y llenos de alborozo. Se respiraba un aire «electrizado» en el grupo de ruidosos guardias, según recordó más tarde el soldado Steinbrenner. Los centinelas se abalanzaron sobre los prisioneros y enseguida apartaron a Beimler, junto con otros pocos señalados por el

comandante como especialmente «canallas y traidores», para descargar su primera paliza. Aquellos hombres condujeron a Beimler hasta el búnker, instalado en los antiguos lavabos de la vieja fábrica convertida ahora en campo de concentración, con un enorme cartel al cuello que rezaba «Bienvenidos». De camino, Steinbrenner iba descargando su fusta sobre el preso con tal ensañamiento que incluso los prisioneros más alejados podían llevar la cuenta de los golpes.⁵

La SS de Dachau hizo circular rumores disparatados acerca de Beimler, el nuevo trofeo entre los prisioneros. El comandante lo acusó, en falso, de ser responsable de la ejecución de diez rehenes en una escuela de Múnich —una condesa bávara entre ellos— a manos del destacamento de la Guardia Roja en la primavera de 1919. Desde entonces, aquella masacre —eclipsada luego por la carnicería que llevaron a cabo sobre centenares de revolucionarios de izquierdas las unidades paramilitares de la extrema derecha, los *Freikorps*, los mismos que aplastaron al desventurado Sóviet de Múnich— había inflamado la imaginación de los extremistas de derechas. El comandante de Dachau difundió fotografías de los rehenes asesinados y comunicó a sus hombres que, catorce años más tarde, iba a cobrarse la venganza. En principio, había pensado asesinar a Beimler con sus propias manos; más tarde, sin embargo, juzgó más discreto empujar a su víctima al suicidio. Pese a ello, el 8 de mayo, después de que Beimler llevase varios días resistiendo, el comandante llegó a su límite; si Beimler no utilizaba la soga, sería asesinado.⁶

Pero Hans Beimler sobrevivió a Dachau al escapar de una muerte segura cuando faltaban tan solo unas horas para que expirase el ultimátum de la SS. Al parecer, contó con la colaboración de dos hombres de la SS desafectos para escabullirse por el ventanuco en lo alto de su celda, cruzar la alambrada y la valla electrificada que bordeaba el recinto y perderse en medio de la noche.⁷ Cuando el soldado Steinbrenner abrió la celda de Beimler aquella mañana del 9 de mayo de 1933 y la encontró vacía, la furia se apoderó de la SS. Las sirenas retronaron por todo el campo al tiempo que todos los efectivos de la SS disponibles removían cielo y tierra. Steinbrenner aporreó a dos internos comunistas que habían pasado la noche en las celdas contiguas a la de Beimler mientras vociferaba: «¡Vosotros esperad, condenados perros! Me diréis [dónde está Beimler]». Uno de ellos murió ejecutado poco tiempo después.⁸ En el exterior, se puso en marcha una persecución colosal. Los aviones planeaban en círculos por las inmediaciones del campo; las estaciones de tren exhibían carteles de «Se busca» y las redadas policiales invadieron Múnich; los periódicos, que tanto eco se habían hecho del arresto de Beimler, anunciaban ahora una recompensa para quien atrapase de nuevo al «famoso dirigente comunista», al que retrataban como un hombre bien afeitado, con el pelo al cepillo y desacostumbradamente orejudo.⁹

Pese a todos aquellos esfuerzos, Beimler logró esquivar a sus perseguidores. Tras recuperarse en una casa segura de Múnich, a lo largo del mes de junio,

los comunistas en la clandestinidad lo ocultaron, primero en Berlín y luego, transcurrido un mes, Beimler huyó cruzando la frontera checa, desde donde mandó una postal a Dachau para la SS: solo decía «Bésame el culo». Beimler se trasladó a la Unión Soviética y desde allí escribió un espeluznante relato que constituiría uno de los primeros testimonios presenciales en una lista que con el tiempo no haría sino crecer, relatando cómo eran los campos nazis como Dachau. Su trabajo se publicó primero en alemán, en una imprenta soviética, a mediados de agosto de 1933; poco después, el libelo fue seriado en un periódico suizo, en Londres apareció una traducción al inglés y llegó a circular por Alemania, si bien clandestinamente. Beimler también colaboró con sus artículos en otros periódicos extranjeros y habló en la radio soviética. Los oficiales nazis, mientras tanto, furiosos, lo denunciaban como «uno de los peores propagadores de historias terroríficas». Beimler no solo había escapado a su castigo, sino que humillaba públicamente a sus antiguos torturadores contando la verdad sobre Dachau. La decisión de las autoridades nazis de privar a Beimler de su ciudadanía alemana en el otoño de 1933 se quedó en un gesto vacío. A fin de cuentas, Beimler no tenía la menor intención de regresar jamás al Tercer Reich.¹⁰

La historia de Hans Beimler es extraordinaria. Pocos prisioneros de los primeros campos de concentración nazis fueron objeto de un trato tan despiadado como él; en 1933, el intento de asesinato aún constituía una excepción. Pero más excepcional fue aún su huida; durante muchos años, él sería el único prisionero que logró escapar de Dachau, ya que la SS reforzó inmediatamente las medidas de seguridad.¹¹ Pese a ello, la historia de Beimler aglutina muchos aspectos cruciales de los primeros campos: la violencia de los guardias motivada por el odio hacia los comunistas; la tortura de prisioneros escogidos, en parte como recurso para intimidar a la enorme masa del resto de internos; la renuencia de las autoridades de aquellos complejos, obligados aún a responder ante una supervisión judicial, a cometer asesinatos abiertamente, prefiriendo empujar a los prisioneros escogidos a su muerte o a disfrazar los asesinatos de suicidio; el alto grado de improvisación, evidente en el uso que la SS hacía de la destartalada fábrica de Dachau; y el destacado puesto de los campos en la esfera pública, con artículos de prensa, publicaciones clandestinas y otro tipo de manifestaciones. Todos estos elementos dieron forma a los primeros campos que surgieron en el incipiente Tercer Reich en 1933.

UNA PRIMAVERA Y UN VERANO SANGRIENTOS

A primera hora de la tarde del 30 de enero de 1937, con motivo del aniversario de su nombramiento como canciller, Adolf Hitler pronunció un discurso ante

los gerifaltes del caduco Reichstag en el que pasó revista de lo que habían sido sus cuatro primeros años de poder. Con su retórica, ya acostumbradamente intrincada, Hitler exhibió una Alemania gloriosa en su resurgir: gracias a los nazis, la nación se había salvado del desastre político, de la ruina económica y la sociedad estaba ahora unificada; se había limpiado la cultura y se había restaurado el poderío al librarse de los grilletes del despreciado tratado de Versalles. Pero lo más importante de todo, afirmaba Hitler, era que todo se había conseguido pacíficamente. Los nazis habían recuperado el poder en 1933 «sin prácticamente derramamientos de sangre». A decir verdad, pocos oponentes y delincuentes bolcheviques habían sido detenidos o abatidos. Pero por encima de todo, se jactaba el líder fascista, él había supervisado un tipo de levantamiento completamente nuevo: «tal vez esta haya sido la primera revolución en la que no se ha roto ni una ventana».¹²

Para los peces gordos del nazismo, no debió de resultar fácil mantener el rostro impávido mientras oían todo aquello. En sus memorias estaba aún muy presente el terror de 1933 y, en privado, seguían deleitándose con el recuerdo de aquella violencia desatada por ellos mismos contra sus adversarios.¹³ Pese a todo, gozando ya el régimen de una situación plenamente consolidada como la que tenía por entonces, es posible que algunos líderes nazis ufanos tuvieran muchas ganas de olvidar lo precario de su posición hacia tan solo unos años. A principios de la década de 1930, se había iniciado ya el declive final de la República de Weimar, asolada por la catastrófica depresión, el caos político y el descontento social. Sin embargo, no se atisbaba aún qué vendría a sustituirla. Si bien el Partido Nazi (NSDAP) se había consolidado ya como la alternativa política más popular, no contaba aún con el respaldo de la mayoría de votantes. De hecho, en las últimas elecciones libres de noviembre de 1932, los dos principales partidos de izquierdas —los comunistas radicales del KPD y los socialdemócratas moderados (SPD)—, pese a las profundas hostilidades entre ambos, consiguieron más votos conjuntamente que los nazis. Hubo que recurrir a las maquinaciones de un pequeño conciliábulo de agentes del poder para que Hitler se instalase en la Cancillería el 30 de enero de 1933, siendo uno de los únicos tres nazis en un gabinete dominado por los conservadores nacionales.¹⁴

Transcurridos unos meses desde el nombramiento del nuevo mandatario, el movimiento nazi había crecido hasta hacerse prácticamente con todo el poder, desatando una oleada de terror que afectó, sobre todo, a distintos sectores de la clase obrera organizada. Los nazis aplastaron sus movimientos, saquearon sus oficinas, humillaron a sus activistas, los encerraron y los torturaron. En estos últimos años, algunos historiadores han querido quitar importancia a este terror nazi prebélico. En lo que representa una caricatura del Tercer Reich como una «dictadura del bienestar», sugieren que la popularidad del régimen arremetió sobre todo contra enemigos políticos, superfluos en su mayoría.¹⁵ Sin embargo, el respaldo popular hacia el régimen, pese a resultar de gran im-

portancia, no pasó de ahí y se hizo necesario recurrir al terror para silenciar a los millones de personas que hasta entonces habían logrado resistirse al señuelo del nazismo. Si bien los denominados marginados sociales o raciales también fueron el blanco, las represiones se dirigieron, primero y principalmente, contra los oponentes políticos y, dentro de este grupo, contra la izquierda particularmente. Fue la primacía del terror político la que abrió a los nazis el camino hacia el poder absoluto.

El terror contra las izquierdas

La promesa de un renacimiento nacional, que daría paso a una Alemania resurgida de las cenizas de la República de Weimar, era el principal atractivo que el pueblo veía en el nazismo a principios de la década de 1930. Pero el sueño nazi de un futuro dorado siempre contuvo también un ingrediente de destrucción. Mucho antes de haber alcanzado el poder, los líderes nazis imaginaban una despiadada política de exclusión; eliminando a todo aquel que les resultase ajeno o peligroso, crearían una comunidad nacional homogénea preparada para luchar en la guerra racial que se avecinaba.¹⁶

Este sueño de unidad nacional mediante el terror había nacido a partir de las lecciones extraídas por los líderes nazis del trauma alemán de 1918. No se puede exagerar la importancia de la derrota en la primera guerra mundial para la ideología nazi. Los líderes nazis no querían enfrentarse a la realidad de la humillante derrota en el campo de batalla y, como tantos otros nacionalistas alemanes, se convencieron de que el país había caído a consecuencia del derrotismo y la desviación en el frente nacional, que culminó con la supuesta «puñalada por la espalda» del ejército alemán poniéndose al lado de la revolución. La solución, pensaba Hitler, consistía en una represión radical de todos los enemigos internos.¹⁷ En un discurso a puerta cerrada de 1926, en una época en que el movimiento nazi aún se hallaba relegado a una marginalidad extrema en la política alemana, prometió aniquilar a la izquierda. No viviría un momento de paz ni descanso hasta que «el último de los marxistas se hubiera convertido o hubiera sido eliminado».¹⁸

La intensa violencia política fue ruinosa para Weimar ya desde sus comienzos, pero con el fortalecimiento del nazismo en los primeros años de la década de 1930, se desató una serie de enfrentamientos sangrientos prácticamente diarios que dejaron mella en todo el país, y por supuesto en la capital, Berlín. Las tropas paramilitares de los nazis —con su nutrida división de asalto (SA) y el menos numeroso escuadrón de protección (SS)— tomaron la ofensiva e iniciaron enfrentamientos con comunistas y socialdemócratas, desbaratando sus mítines políticos, asaltándolos y destrozando sus tabernas,¹⁹ estas confrontaciones resultaron cruciales en la toma de la capital política por parte

del movimiento nazi, ya que gracias a ellos reforzaron su imagen de infatigable contendiente de la tan denostada izquierda entre sus partidarios.²⁰

Tras el nombramiento de Hitler como canciller el 30 de enero de 1933, no eran pocos los activistas nazis que ansiaban ajustar cuentas con sus enemigos. Sus líderes, sin embargo, preferían mantener la compostura, conscientes de que era aún pronto para ir tan lejos. Fue entonces, la tarde del 27 de febrero, cuando un incendio devastador asoló el Reichstag en Berlín. Las principales figuras nazis se fueron congregando en el escenario y, a su llegada, todos ellos apuntaban hacia los comunistas como responsables del suceso (aunque el verdadero culpable fue un solitario holandés que tal vez contase con la colaboración de un equipo encubierto de pirómanos de la SA). Adolf Hitler se presentó a las diez de la noche, en su limusina, enfundado en un traje negro y cubierto con un impermeable. Permaneció absorto durante un rato, sin desviar la vista del edificio en llamas, y súbitamente estalló en uno de sus arranques de ira. Cegado por una paranoia contra la izquierda profundamente arraigada (y sin noticia, aparentemente, de la posible implicación de algunos de sus hombres), denunció el fuego como señal de una revuelta comunista, esperada durante largo tiempo, y ordenó una ofensiva inmediata. Según el testimonio de uno de los presentes, vociferó: «No habrá piedad, ahora. Quienquiera que se interponga en nuestro camino será eliminado».²¹ En Prusia, los arrestos posteriores se coordinaron a través de la policía política, que recurrió a las antiguas listas de presuntos extremistas de izquierdas revisadas en las últimas semanas, en consonancia con [el proceder de] la ideología nazi.²²

La policía de Berlín pasó a la acción sin tardanza, mientras la capital berlinesa seguía aún sumida en la oscuridad. Entre las víctimas de las detenciones practicadas en las siguientes horas figuraban líderes políticos del comunismo y otros sospechosos importantes. Uno de ellos era Erich Mühsam, escritor, anarquista y bohemio, que se había convertido en la bestia negra de la derecha alemana por su implicación en el alzamiento de Múnich de 1919 y a consecuencia de lo cual pasó varios años en prisión. Mühsam dormía cuando el coche de la policía se presentó delante de su piso a las afueras de Berlín, a las cinco de la madrugada del 28 de febrero. Aquella misma noche, un poco antes, en otros puntos de Berlín la policía había arrestado a Carl von Ossietzky, el famoso publicista de tendencias pacifistas, y a Hans Litten, un brillante fiscal de izquierdas que había puesto en apuros a Hitler en una comparecencia en el juzgado en 1931. En unas pocas horas, los calabozos de la Alexanderplatz acogían a buena parte de la élite liberal y de izquierdas de Berlín. La hoja de detenciones parecía el *Quién es quién* de escritores, artistas, abogados y políticos despreciados por los nazis. «Nos conocemos todos —decía más tarde uno de ellos— y cada vez que la policía trae a uno nuevo, nos saludamos.» A unos cuantos los liberaron pronto. Otros, entre los que se contaban Litten, Mühsam y Ossietzky, se enfrentarían a un terrible destino.²³

En los días posteriores al incendio, los asaltos policiales barrieron toda Alemania. «Arrestos generalizados en todas partes», rezaba el titular de portada del periódico nazi *Völkischer Beobachter* del 2 de mayo de 1933; y añadía: «¡El puño golpea con fuerza!». Tres días después, el día de la jornada electoral, se habían contabilizado ya cinco mil detenciones entre hombres y mujeres.²⁴ Sin embargo, pese al dramatismo de estos sucesos, pronto se hizo evidente que estos no habían constituido sino la salva inaugural de la guerra nazi contra sus adversarios políticos.

La toma de poder de pleno derecho llegó con los comicios del 5 de marzo; pocos meses después, Alemania había pasado a ser una dictadura a pleno rendimiento, donde los nazis controlaban todos los estados del país, no quedaban otros partidos políticos, se había procedido a la disolución efectiva del Reichstag y la sociedad estaba coordinada. Muchos alemanes secundaron aquellos cambios con entusiasmo pero, para alterar el estatus del régimen, se hizo necesario recurrir al terror, que sumiría a la oposición en el silencio y la sumisión. Se intensificó la frecuencia de los asaltos policiales y, si bien el foco principal se mantuvo sobre los comunistas, ahora se extendía también a los sectores de la clase obrera organizada, en especial tras el desmantelamiento de los sindicatos en mayo y del SPD en junio. Solo en la última semana de junio se arrestó a tres mil socialdemócratas, entre ellos varios altos cargos del funcionariado, así como a diversos líderes conservadores y nacionalistas.

Pese al trascendental papel de las persecuciones policiales, la auténtica responsabilidad del terror en la primavera y el verano de 1933 recayó en las firmes garras de las fuerzas paramilitares nazis, primordialmente en los centenares de miles de camisas pardas de la SA. Para unos pocos, aquella no era la primera vez que asaltaban y asesinaban; ya en las primeras semanas del mandato de Hitler —y de forma especial durante la noche del incendio del Reichstag— los camisas pardas habían iniciado por su cuenta una persecución contra sus adversarios políticos (sirviéndose de las listas de detenciones de la SA). La mayoría, sin embargo, se contuvo a instancias de sus superiores, que prefirieron fingir una toma del poder por la vía legal y no soltaron a los paramilitares hasta que las elecciones de marzo de 1933 hubieron otorgado a los nazis un mandato demasiado inconsistente al restituir una escasa mayoría al NSDAP y sus colegas nacional-conservadores. Decididos a forjar la nueva Alemania por la fuerza, los hombres de la SA y la SS dejaban ahora a su paso una estela de destrucción. Pertrechados con armamento pesado, ocuparon y destrozaron los ayuntamientos, las editoriales y las oficinas y despachos de partidos y sindicatos. además de dar caza a enemigos tanto políticos como personales. El macabro apogeo de este movimiento en las calles de Alemania llegó a finales de junio de aquel mismo año, con el asalto de los camisas pardas sobre el bastión de las izquierdas en Köpenick. Durante cinco días sangrientos, aquellos asesinaron a docenas de oponentes y dejaron malheridos a varios centenares más; la

víctima más joven, un comunista de quince años, sufrió graves lesiones cerebrales irreversibles.²⁵

Si bien es cierto que, en sus comienzos, el terror venía impulsado desde abajo, los militantes nazis locales actuaban al tenor de sus líderes, que instigaban un comportamiento abiertamente violento contra la oposición. Hermann Göring, uno de los principales subordinados de Hitler, proclamó poco antes de las elecciones de marzo que su preocupación se centraba en «la destrucción y el exterminio» de los comunistas, no con sutilezas legales. Aún más allá fue el nuevo presidente del estado de Württemberg, Wilhelm Murr, veterano en el movimiento nazi, ante una multitudinaria concurrencia a mediados de marzo: «Nosotros no decimos: ojo por ojo, diente por diente. No. Si alguien nos saca un ojo, nosotros le cortaremos la cabeza, y si alguien nos saca un diente, le aplastaremos la mandíbula».²⁶ La violencia que se siguió a estos sucesos constituye una señal precoz de la peligrosa dinámica que acabaría caracterizando al Tercer Reich: los líderes fijaban el rumbo de la política y sus seguidores se superaban mutuamente con tentativas aún más radicales de llevarla a la práctica.²⁷

El legado de esta etapa inicial del terror nazi se aprecia también en la rapidez con que se difuminó la divisoria entre estado y partido. Con la afluencia de activistas nazis en todas las jerarquías de las fuerzas del orden público, ya en la primavera de 1933 era imposible trazar una línea clara entre la represión policial y la violencia paramilitar. El 30 de enero de aquel año, por ejemplo, Hermann Göring había asumido la dirección del Ministerio del Interior prusiano, como interino, de resultas de lo cual la policía del estado quedó bajo su mando (y, desde abril, también ostentó el cargo de primer ministro). Göring no se limitó a espolear los asaltos de la policía contra los oponentes del nazismo, sino que el 22 de febrero abrió definitivamente las puertas a la SA y la SS para que «relevasen a la policía ordinaria» en su lucha contra las izquierdas. La caterva de matones nazis estaba más que satisfecha con el nuevo rango, que les permitía ajustar las cuentas con sus enemigos políticos sin temer interferencias por parte de la policía; ellos eran ahora la policía.²⁸

Entre los funcionarios oficiales del orden público, una gran mayoría comulgaba con los objetivos políticos básicos del nazismo y ya estaba convencida de los peligros del comunismo. La policía alemana recibió al nuevo régimen con los brazos abiertos y pocas dudas; se convirtió en una maquinaria represiva al servicio del Tercer Reich sin necesidad de purgas a gran escala.²⁹ A mediados de marzo, Heinrich Himmler —otro funcionario nazi de alto rango que no solo era líder de la SS, sino que además consiguió hacerse con un cargo en las fuerzas de seguridad— aprovechó un artículo de periódico para elogiar la excelente colaboración entre la policía y el partido. Añadía también que ya se había procedido al arresto de numerosos enemigos, una vez la SA y la SS habían guiado a la policía hasta la «guarida de las organizaciones marxistas».³⁰

Detenciones generalizadas

Durante el período inicial de la toma de poder por parte de los nazis, un gran número de oponentes fue objeto de redadas y persecuciones. A lo largo de 1933, se practicó un total de hasta doscientas mil detenciones de prisioneros políticos.³¹ Estos eran, casi todos, de nacionalidad alemana y comunistas, sobre todo durante los primeros meses del mandato nazi. Entre los prisioneros figuraban nombres famosos en toda Alemania —como el líder del Partido Comunista Alemán, Ernst Thälmann, apresado junto con sus más estrechos colaboradores en su escondite el 3 de marzo de 1933—, pero en su mayoría se trataba de funcionarios menores y activistas ordinarios; se llegó a tratar como terroristas incluso a miembros de corales y clubes deportivos, en caso de que estos mostraran alguna filiación comunista. Los nazis tenían ahora en sus manos a hombres muy jóvenes, de clase obrera: la cantera demográfica que conformaba la columna vertebral del movimiento comunista.³²

Si se comparan las cifras de las detenciones masculinas y las femeninas, es fácil apreciar una desproporción abrumadora. Las mujeres arrestadas también eran casi siempre comunistas y, con frecuencia, destacadas activistas del partido o, en su defecto, esposas de altos funcionarios ya apresados con anterioridad; a estas las utilizaban como rehenes, para chantajear a los esposos.³³ Una de aquellas prisioneras era Centa Beimler, de veinticuatro años, que ingresó en las filas del comunismo siendo adolescente. A esta mujer la detuvieron el 21 de abril de 1933, en su escondite, diez días después del arresto de su marido Hans. El día anterior, ella había hecho llegar a su esposo un mensaje secreto en el que manifestaba su anhelo de cambiarse por él. Ahora, ambos estaban en idéntica situación.³⁴

Las detenciones nazis de 1933 se caracterizaron por ser impredecibles y confusas. Miles de detenidos por la policía pasaron a disposición judicial como delincuentes corrientes; el sistema jurídico ordinario tuvo un importante papel en la acción represiva del Tercer Reich. Jueces y fiscales alemanes, junto con tantos otros funcionarios públicos, respaldaban en gran medida al régimen. Instruían sus casos atendiendo tanto a las leyes antiguas como a la nueva legislación contra los adversarios de los nazis, de resultas de lo cual las prisiones judiciales del estado se llenaron en poco tiempo.³⁵ No obstante, de todos estos detenidos, la gran mayoría no pisaba los tribunales, puesto que no habían sido arrestado por cometer actos ilegales, sino por ser quienes eran: presuntos enemigos del nuevo orden.

La confianza de los gobernantes nazis en los arrestos alegales generalizados había tomado como modelo a otros revolucionarios anteriores: su objetivo era destruir a los enemigos antes de que estos pudieran devolver el golpe. Se requería una acción radical, que prescindiera de los principios jurídicos y del papeleo. Años más tarde, el líder de la SS Heinrich Himmler se jactó de que

los nazis hubieran destruido la «antisocial organización judeo-comunista» en 1933 barriendo de las calles a sus miembros «de forma totalmente ilegal». ³⁶ En realidad, la mayoría de sospechosos habían pasado a un régimen de custodia que, eufemísticamente, se dio en llamar «protectora» (*Schutzhaft*), una forma de alargar indefinidamente la detención atendiendo a una laxa interpretación del Decreto del Presidente del Reich para la Protección del Pueblo y el Estado. Este decreto, aprobado por el gabinete de Hitler el 28 de febrero de 1933 en respuesta al incendio del Reichstag, anuló algunas libertades civiles fundamentales y se convirtió en una suerte de «carta constitucional del Tercer Reich» —según afirmó más tarde Ernst Fraenkel, científico alemán emigrado por razones políticas— que servía para justificar cualquier tipo de abuso de poder, incluida la negación de la libertad personal sin supervisión o apelación judicial. Lo cierto es que recurrir a detenciones al margen de la ley no fue del todo nuevo en la Alemania moderna y el propio decreto contenía préstamos de la antigua legislación de emergencia de Weimar. En este caso, sin embargo, iba mucho más allá: la práctica nazi de la detención alega no tenía precedentes, tanto por su dureza como por su alcance. ³⁷

Durante la primera oleada de terror en marzo y abril de 1933, se calcula que entre cuarenta y cincuenta mil oponentes vivieron temporalmente bajo el régimen de custodia protectora, casi todos ellos arrestados por la policía, la SA y la SS. La siguiente oleada, la de verano, se cobró aún más víctimas y, pese a las frecuentes liberaciones, las cifras oficiales a 31 de julio de 1933 determinaban un total de casi veintisiete mil prisioneros en custodia protectora, número que a finales de octubre solo había descendido hasta los cerca de veintidós mil. ³⁸ De tanto en tanto, la prensa nazi recordaba que se trataba de detenciones bien organizadas. En realidad, hubo una apabullante serie de normativas y prácticas locales donde la custodia protectora constituía poco menos que un secuestro con un somero barniz burocrático. ³⁹

Muchos activistas nazis prescindieron incluso de esta apariencia de normalidad y tomaban a sus oponentes sin autorización oficial de ningún tipo. Altos funcionarios públicos, municipales, líderes nazis, sicarios de los partidos locales y otros tantos se arrogaban el derecho de apresar a cualquiera que, a sus ojos, pudiera considerarse oponente del nuevo orden. El terror que crecía desde abajo y el caos que lo acompañaba se resumen bien en las palabras de un exasperado *Gruppenführer* de la SA a principios de julio de 1933: «Todo el mundo arresta a todo el mundo, saltándose los procedimientos oficiales establecidos, todo el mundo amenaza a todo el mundo con Dachau». ⁴⁰ El resultado fue una batalla campal a medida que más y más funcionarios del estado y del partido explotaban las oportunidades para desatar un terror prácticamente incontrolado.

Pero ¿qué harían con todos los prisioneros? Pese a toda la retórica de los años de Weimar en la que afirmaban que aplastarían a sus enemigos, los líderes

nazis habían pensado poquísimos en las cuestiones prácticas. Una vez desatado el terror nazi en la primavera de 1933, funcionarios de toda Alemania buscaban frenéticamente lugares en los que retener a las víctimas de los arrestos ilegales. En los meses siguientes, se prepararon centenares de nuevos recintos que, en su conjunto, pueden denominarse primeros campos de concentración.⁴¹

El panorama de estos primeros campos nazis creados durante la primavera y el verano de 1933 no podía ser más diverso. Las nuevas instalaciones estaban dirigidas por distintas autoridades locales, regionales y estatales, y eran de todos los tamaños y formas. Unos cuantos campos funcionaron durante varios años, pero la mayoría cerraron a las pocas semanas o meses de haber abierto. Las condiciones también variaban enormemente, desde los sitios más inocuos a otros en los que corría peligro la propia vida; algunos prisioneros no fueron objeto de crueldades, mientras que otros sufrían constantes vejaciones. De estos nuevos campos, algunos eran denominados campos de concentración, pero se trata de un término que se aplicaba a la ligera y coexistía con otras muchas designaciones —entre ellas, casa de detenciones, campo de trabajo y servicio o campo de tránsito— lo cual viene a reflejar la improvisada naturaleza del primer terror nazi.⁴² Pese a las profundas diferencias entre ellos, todos compartían un objetivo: quebrantar a la oposición.

Muchos de los primeros campos fueron establecidos en asilos de pobres y prisiones estatales que ya existían; en la primavera de 1933, alas enteras de algunas cárceles fueron despejadas para los prisioneros en custodia protectora.⁴³ Las autoridades contemplaron estos recintos como una solución pragmática para un problema acuciante. Decenas de miles de prisioneros podían ser encerrados con rapidez, a bajo coste y con seguridad, ya que la mayoría de las infraestructuras, desde los edificios hasta los guardias, ya estaban en funcionamiento.⁴⁴ Los asilos eran especialmente fáciles de convertir, puesto que en general estaban casi vacíos, tras haber perdido buena parte de su razón de ser durante los años de Weimar. En el gran asilo de Moringen, cerca de Gotinga, por ejemplo, vivían menos de un centenar de mendigos y pobres en 1932 y su director recibió con los brazos abiertos la llegada de los reclusos en custodia protectora con la esperanza de que traerían un nuevo aliento de vida para aquella institución obsoleta; no quedaría defraudado.⁴⁵ La situación era más complicada en las prisiones estatales, que ya estaban llenas con sus propios presos, los que cumplían prisión preventiva y los convictos. Pese a ello, para dejar patente que apoyaban al nuevo régimen, las autoridades locales acordaron abrir temporalmente las grandes prisiones y las pequeñas cárceles de condado para aquellas detenciones fuera de la ley. Las celdas en las nuevas alas no tardaron en llenarse. A principios de abril de 1933, las prisiones bávaras por sí solas albergaban a cuatro mil quinientos internos en custodia protectora, lo cual anulaba casi el número de internos del estado.⁴⁶

Los reclusos en custodia protectora estaban sometidos a un orden estricto dentro de las prisiones y los asilos, así como a un acoso menor y a una rutina diaria monótona. Lo peor de todo era la incertidumbre con respecto al futuro y al destino de sus seres queridos. En septiembre de 1933, Centa Beimler ya llevaba más de cuatro meses en la fría y lúgubre celda de la prisión de Stadelheim en Múnich —una de las pocas prisiones estatales mixtas con un ala para hombres y mujeres en custodia protectora— y no veía el final cerca. Lo que es más, no tenía noticias de su esposo Hans desde su espectacular fuga de Dachau; la carta que él le envió desde la URSS, cargada de amor y de preocupación por ella, no llegaría hasta años más tarde. Entre tanto, la policía había arrestado a su madre y a su hermana por simpatizar con los comunistas, y los servicios sociales se habían llevado a su hija a un correccional. Centa Beimler no era la única interna de Stadelheim atormentada por el temor por sus familiares. Una de sus camaradas comunistas, Magdalena Knödler, cuyos hijos quedaron abandonados a su suerte tras el arresto de su esposo, se colgó presa de la desesperación.⁴⁷

Aun y con las penalidades habituales, la mayoría de prisioneros en custodia protectora calificaba la vida en las prisiones y los asilos como un pasar soportable. Por lo general, se alojaban en zonas independientes de las del resto de internos, a veces en salas comunes de grandes dimensiones. Las celdas individuales, por su parte, eran sencillas pero no espartanas y solían disponer de una cama, una mesa, una silla, un estante, un lavamanos y un cubo que hacía las funciones de retrete.⁴⁸ Dejando a un lado la masificación, la comida y el alojamiento de estos centros, podían considerarse aceptables y no era habitual esperar que los internos trabajasen; estos dedicaban su tiempo a charlar, leer, practicar algo de deporte, tejer o se entretenían con pasatiempos como el ajedrez. En el verano de 1933, en la prisión de Spandau de Berlín, Ludwig Bendix, afamado abogado judío y comentarista legal de la izquierda moderada, consiguió incluso preparar el borrador de un tratado sobre legislación penal que unos meses después aparecería publicado por una reputada editorial criminológica alemana.⁴⁹

Pero lo esencial en este caso es que los presos como Ludwig Bendix y Centa Beimler, por lo común, estaban libres de las agresiones de sus vigilantes. Tiempo atrás, Alemania ya había rechazado el uso de la violencia en sus prisiones y asilos y se había instruido a los viejos guardias para respetar aquel precepto. Esto da cuenta del ambiente «calmado» y «pacífico» de Spandau —según lo describiría Bendix años más tarde—, donde los celadores llegaron incluso a mostrar cierta simpatía hacia él.⁵⁰ En otros centros, la incorporación de miembros de la SA y la SS expuso a los internos a una situación más peligrosa. Cabe señalar, no obstante, que pese a las agresiones de las que fueron responsables, —las mismas que se producían durante los interrogatorios policiales— también solían estar bastante vigilados por el equipo ordinario.⁵¹ Por otra parte, las

autoridades legales no dejaban de insistir en que los reclusos en custodia protectora merecían ser tratados como presidiarios normales o como presos en prisión preventiva, lo cual limitaba la influencia de la policía y las unidades paramilitares nazis.⁵²

El término «custodia protectora» en boca de los nazis estaba cargado de cinismo. Tal como señaló, no sin cierta osadía, uno de los internos de una cárcel menor en una queja formulada ante las autoridades prusianas a finales de marzo de 1933, «agradecía» toda aquella «preocupación hacia mi persona», pero no necesitaba de ninguna «protección» porque «nadie decente me amenaza».⁵³ Sin embargo, la custodia protectora en las prisiones y los asilos sí era realmente útil, en la medida en que evitó que, por un tiempo, parte de los detenidos sufriesen los excesos propios de los campos, más brutales.⁵⁴ En razón de ello, los extremistas nazis censuraron este trato, que ellos consideraban de guante blanco, dispensado a los enemigos —recuperando un antiguo mito de las derechas en que se establecía un paralelo entre prisiones y sanatorios— y solicitaron que se trasladara a todos los reclusos de inmediato a los llamados campos de concentración, donde se les garantizaría un trato mucho más severo.⁵⁵

Los campos de la SA y la SS

El 4 de septiembre de 1933, la vida de Fritz Solmitz, periodista socialdemócrata y canciller local de Lübeck, sufrió un vuelco terrible. En aquellos días, Solmitz era uno más entre los casi quinientos reclusos en custodia protectora de la prisión de Fuhlsbüttel, en Hamburgo, el mayor complejo carcelario de Alemania, con capacidad para miles de internos. Desde finales de marzo de 1933, el penal destinó un ala a los reclusos que, como Solmitz, habían sido detenidos por la policía y, temporalmente, encargó la supervisión de este sector a los funcionarios de prisiones más veteranos y comedidos; aquel período de relativa calma, sin embargo, duraría poco. En los primeros días de agosto de 1933, Karl Kaufmann, *Gauleiter* de Hamburgo (líder de distrito del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán) puso de manifiesto su indignación por el indulgente trato dispensado a los internos y prometió llevar a cabo una reorganización general. Transcurrido un mes, supervisaba personalmente la inauguración del primer campo de concentración central en Hamburgo, en otra zona de Fuhlsbüttel. Las nuevas instalaciones, que pronto serían conocidas por el sobrenombre de Kola-Fu (*Konzentrationslager Fuhlsbüttel*) se convirtieron esencialmente en el feudo personal de Kaufmann, dirigido por un estrecho confidente y antiguo combatiente nazi. Kaufmann y sus hombres contemplaron como Solmitz y el resto de prisioneros en custodia eran trasladados de su antiguo cuartel a primera hora de la mañana del 4 de septiembre y formaban en el patio. Tras un amenazador discurso pronunciado por uno de los oficiales —que se encargó de

anunciar a los internos que nadie podía perturbar a la Alemania de Hitler— se desató la primera andanada de violencia sistemática, en la que los nuevos guardias, unos treinta hombres de la SS seleccionados especialmente, patearon y apalearon a los prisioneros.⁵⁶

Desde el primer momento, los guardias de Fuhlsbüttel aislaron al judío Solmitz y se lanzaron sobre él con especial ensañamiento. Pasados nueve días, el 13 de septiembre de 1933, el periodista fue trasladado de la celda colectiva al búnker, reservado para las torturas de los prisioneros supuestamente recalcitrantes. Solmitz se vio rodeado de inmediato por nueve hombres que descargaron sobre él sus fustas y no se detuvieron siquiera cuando el preso, semiinconsciente, cayó desplomado al suelo. Cuando los guardias, por fin, dieron por terminada la tunda, estaban totalmente cubiertos por la sangre que manaba de la cabeza de su víctima. Solmitz logró recuperar el sentido y quiso describir aquel tormento; para ello recurrió a unos trocitos de papel de fumar que ocultaba en el interior de su reloj. La tarde del 18 de septiembre redactó una nota, después de que un grupo de hombres de la SS hubiera salido de su celda tras amenazarlo con más sesiones de tortura al día siguiente: «Un hombre de la SS muy alto me ha pisado los dedos de los pies y me ha gritado: “Te inclinarás ante mí. ¡Eh, di que sí, cerdo!”. Otro: “¿Por qué no te cuelgas tú mismo? ¡Así no recibirías los palos de las fustas!”. No cabía duda de que la amenaza iba en serio. Dios, ¿qué haré?». Transcurridas unas horas, Solmitz había muerto, muy probablemente a manos de sus torturadores. Fue uno de los al menos diez prisioneros que perdieron la vida en Kola-Fu en 1933; los otros eran activistas del comunismo.⁵⁷

La muerte de Fritz Solmitz pone de relieve, con una crueldad espeluznante, el contraste entre los distintos campos de aquella primera etapa, sobre todo entre los dirigidos por funcionarios públicos y los gestionados por paramilitares nazis de la SA o la SS, que se contaban por centenares. Algunos de estos centros se construyeron con la intención de aliviar la masificación en las prisiones estatales, originada por las demandas de los funcionarios legales de reubicar a los prisioneros de la policía.⁵⁸ Esto convenía a los partidarios de la línea dura del nazismo, ya que les otorgaba mayor control sobre los presos. Adolf Wagner, el nuevo comisario estatal a cargo del Ministerio del Interior bávaro —y estrecho colaborador de Hitler—, declaró ya el 13 de marzo de 1933 que, cuando las prisiones estatales se quedasen sin espacio, los enemigos arrestados deberían verse expuestos a los elementos entre «ruinas abandonadas». ⁵⁹ Lo cierto es que algunos campos ya procedían de este modo. Durante la primavera y el verano de 1933, los primeros campos dirigidos por hombres de la SA y la SS se fijaron en emplazamientos absolutamente insólitos. Los activistas nazis ocupaban cualquier espacio disponible, incluidos hoteles vacíos o abandonados, castillos, campos deportivos y albergues para jóvenes.⁶⁰ Llegaron a convertirse incluso restaurantes, como el Schützenhaus en el pequeño

pueblo de Annaberg, en Sajonia; su dueño era el *Sturmabführer* de la SA local; él dirigía el nuevo campo y su esposa se ocupaba de cocinar para los presos.⁶¹ El uso de los llamados bares de la SA, que solían albergar a un puñado de detenidos, también se había extendido notablemente. A lo largo de muchos años, la vida de los camisas pardas había girado en torno a estos locales, que hacían las veces de cuartel oficioso donde celebrar sus reuniones, beber y planificar los próximos ataques. Durante la República de Weimar, fue en estas tabernas donde empezó a brotar la violencia contra los enemigos de los nazis, una violencia que luego inundaría las calles. En la primavera de 1933, sin embargo, el terror experimentó un giro radical: pasó de las calles a las tabernas.⁶² «La cantidad de guaridas de tortura nazis es infinita —escribió el comunista Theodor Balk en un texto sobre la Alemania de la primavera de 1933—. No hay pueblo o barrio de ciudad sin una guarida privada de martirio.»⁶³ Aunque sin duda es una afirmación exagerada, sí es cierto que los camisas pardas dirigían campos en toda Alemania. Pensados originalmente como arma contra el movimiento obrero, la mayoría de estos centros se instaló en ciudades y regiones industriales.⁶⁴

El punto caliente era el «Berlín Rojo». A lo largo de 1933, las tropas de la SA y la SS regían más de ciento setenta campos solo en Berlín, reunidos en distritos que destacaban por oponerse al nazismo. En las zonas obreras de Wedding y Kreuzberg, por ejemplo, donde los dos partidos de izquierdas aún habían conseguido la mayoría absoluta en los amañados comicios de marzo, se levantaron al menos treinta y cuatro campos tan solo en la primavera de 1933 (comparativamente, en Zehlendorf, una zona residencial, solo había uno).

Con aquella nueva red de terror tan densa, por lo general los matones nazis no tardaban más que unos minutos en arrastrar a sus víctimas hasta alguno de aquellos centros, instalados en su mayoría en tabernas de la SA, viviendas particulares o en las llamadas «casas de la SA», las que habían dado refugio a los camisas pardas en paro o sin hogar durante los últimos años de la República de Weimar.⁶⁵ Algunos prisioneros peregrinaban de un campo a otro, en una rápida sucesión. El afamado abogado de izquierdas James Broh, por ejemplo, fue apresado el 11 de marzo de 1933 por un grupo local de la SA en su casa de Wilmersdorf, en Berlín, y quedó retenido por la fuerza en un piso particular convertido en casa de torturas. Al día siguiente, fue trasladado a una de las tabernas de la SA y pocos días más tarde a la vivienda del líder local de aquella organización. Tras una interminable semana de brutales agresiones, Broh sintió que «no podría resistir más el suplicio». Su padecimiento no terminó hasta que fue transferido a la prisión de Spandau.⁶⁶

En la primera etapa de los campos, buena parte de los centros dirigidos por paramilitares nazis habían surgido por iniciativa local y funcionaban sin demasiadas directrices dictadas desde arriba, si es que las había. No obstante, describirlos como «campos espontáneos», tal como han hecho algunos historiadores, podría resultar impropio.